

EN LA PANZA

*Conversando con el bebé
que va a llegar*

Cuando tú eras solo una almendra creciendo dentro de mi útero, ya estaba segura de que serías una nena. Una linda niñita. Entonces aumentaste tu tamaño, la barriga creció... y yo también. Me puse redonda, la nariz se alargó (se desfiguró sería más adecuado, pero estoy embarazada, y a las embarazadas se les permite todo; yo prefiero "alargó", y no se habla más de eso), la piel se me llenó de manchas, los pies se me inflaron (lo que me llevó a perder casi todos mis zapatos)... Y la espalda empezó a dolerme como si yo fuera una trabajadora del puerto.

Pero, a pesar de eso, la gente no se cansa de decirme qué bonita estoy, cómo irradio luz. Qué gente genial... sí, porque a partir del séptimo mes, empecé a verme como un refrigerador con forma de persona y me lamenté en silencio por todos los abdominales perdidos y las calorías gastadas en el gimnasio.

Y pensar que un importante misterio será descifrado con el nacimiento de mi pequeñuela: ¿adónde irá toda esa panza que adquirí? ¿Qué aspecto tendrá la piel de esa zona? ¿Quedaré marchita y arrugada después del parto?

¿Quieres saber? Nada de eso importa realmente. Además de ver tu carita y tu cuerpito saludables, tengo apenas una curiosidad, casi

periodística. ¿Cómo es un parto? ¿Es o no igual a un parto de novela? ¿Es verdad que se suda como en un baño sauna? ¿Y que hay que hacer mucha fueeenza? ¿Cómo surgió esa idea de que nadie cuente un parto en detalle? Siempre es "lindo", "muy emocionante", "el dolor es grande, pero vale la pena"... Ninguna mujer cuantifica ese dolor o da pistas sobre él. "Es un cólico muy fuerte". Todo bien, la frase realmente dice bastante, pero no es todo. ¿Cómo es la hora clave? Al salir la cabeza, los bracitos, todo el resto... ¿cuánto tiempo va a llevar? ¿Qué voy a sentir, a pensar? ¿Voy a llorar cuando tú llores? ¿Qué sentiré cuando finalmente vea tu rostro? ¿Lograré proteger sobre mi regazo a alguien tan frágil? Da un miedo...

Tu papá ya avisó que no va a participar del parto. Viene diciendo eso desde que descubrimos que te habíamos fabricado. No te pongas triste, los hombres son un poco delicados para ver sangre. Pero papá te ama mucho y vive acariciando mi panza para conversar con su hijita.

A propósito de eso, el mundo resolvió acariciar mi panza, hasta la vecina del 203, aquella desalmada mujer. Ahora la susodicha me ama. Solo porque estoy esperando un bebé. Pero todo bien. Luego del primer mes descubrí que la panza de una embarazada no tiene dueño, es del pueblo. Es prácticamente una revista de sala de espera: todo el mundo (*realmente* todo el mundo, inclusive gente con quien no tengo la menor intimidad) se siente tentado de pasar la mano por ella.

Bueno, ahora es solo cuestión de esperar. Y aprovechar el tiempo que sobra para disfrutar los últimos días de gula a los que tengo derecho. Esa es una parte buena del embarazo. Parece que cada día es el día de mi cumpleaños: los amigos llaman, visitan, me dan regalos, flores, comiditas...

Prometo que intentaré administrar con tranquilidad la cuenta regresiva y esa ansiedad que me sube al pecho. Falta solo un poquito más

y, para quien ya esperó tanto, no va a ser difícil. Estoy segura, María de Lourdes, de que vamos a tener una linda relación, llena de cariño, amistad, comprensión y diálogo. Y juro que haré todo para criarte de la mejor manera posible.

Pero trata de nacer rapidito, ¿OK?

5 MESES

Entre gérmenes y bacterias

—¡Oue los cumplas, que los cumplas, que los cumplas feliiz! ¡Viva María de Lourdes! ¡Eee!

—¡Eee! —ella sonrió mostrando las encías más bonitas del mundo.

Cumple de cinco meses de mi pequeña. Yo misma soplé las velitas del pastel mientras ella balbuceaba cosas tipo “gugú dadá”. ¡Mi hijita está tan bonita! Desgraciadamente no puedo decir lo mismo sobre mí. Mi cuerpo continúa igual a una lasaña (cuadrado y compacto) y mi panza todavía no volvió a su lugar, lo que llevó a Armando a llamarme, cariñosamente, “mi gordita”. Una dulzura de esposo, eso es incentivo. Lo peor es que él cree que entiende todo de las mujeres, imagínate si no entendiera.

Además de sentir en la piel el gran trabajo que da cuidar a una niña de cinco meses, aprendí una importante lección: las manos del bebé son un territorio prohibido, un campo minado; nadie, nadie debería atreverse a tocarlas. Lástima que solo los que tienen hijos conocen esa regla. Claro, ninguna persona está obligada a saber. Pero las madres primerizas no soportan, odian, se tornan fieras cuando alguien dice: “¡Mira qué bebé tan lindo!”, sacudiendo la manito de la criatura en cuestión. ¡Eso no se hace! Además de no tener anticuerpos, el bebé vive con la mano en la boca. Pero parece que nada de eso es obvio.

Hoy, en la peluquería, la simpática chica del mostrador, que pasa el día en contacto con dinero (¿existe cosa más inmundada?), tocó la mano de María de Lourdes unas 574 veces. La agarró con ganas. Apretó los nudillos, los besó, apretó de nuevo, acarició, frotó y, terror de terrores, mordisqueó. ¡Mordisqueó! Casi tuve un ataque. Y lo peor es que, como siempre pasa en esas ocasiones, tuve que fingir que estaba todo bien, muriendo de ganas de gritar: "¡Suelta la mano de mi hija, almacén de protozoos! ¡SUELTA!"

No hice nada de eso, seguí controlándome ferozmente, porque era preciso. Poco después llegó una manicura, que trabaja con cutículas, callos, manos y pies ajenos. La chica fue muy agradable, pero luego encajó un beso en la mejilla de María de Lourdes.

—Ay, hijita, ¡qué lástima! Mil disculpas... deseo tanto poder sacar esa baba pegajosa de tu cara, pero ahora no voy a poder, aguanta un poquito más —susurré en su oído.

Sé que puede parecer desatinado, pero mientras la manicura hablaba, todo lo que yo podía ver era la cloaca de lombrices, bacterias, virus y escupitajos que salían de su boca. "¿Cuándo va a darse vuelta esa mujer para que yo pueda desinfectar las manos y la mejilla de María de Lourdes? ¿Cuándo?", pensaba.

Ah, sí. Transformé mi rociador, que usaba para mojarme el cabello antes de cepillarme, en spray de agua filtrada para limpiar a mi bebé de las impurezas del mundo. Y apenas la persona agarramos se da vuelta, él entra en acción. Rápida como una pistolera, saco mi rociador del bolso y, en cuestión de segundos, elimino toda la suciedad y me siento la madre más cuidadosa y limpieta del mundo.

Sé que ya hay gente que a mis espaldas me dice paranoica. ¿Y qué? Ninguno paga mis cuentas, ninguno tiene nada que ver con mi vida ni con mis hábitos. Eso no es paranoia: es amor, es cuidado, es higiene.

Pero no soy yo quien va a decir eso a los demás. Lo que me gustaría es que se les enseñara que a un niño pequeño solo se le acaricia la cabecita y ¡suficiente!

¿O será que estoy siendo paranoica? Si lo fuera, todo bien. A las madres primerizas se les permite todo.

UN AÑO

Palabras balbuceadas al viento o diálogos que solo las madres entienden

- **N**aná.

-¿Mi pequeñita quiere dormir? Vamos, mamá te lleva.

Dada la resistencia corporal, pregunté:

-¿La nena no quiere dormir?

-Mamá.

-¿Quieres comer, hija? ¿Por qué no lo dijiste antes?

-¡Mamá!

-Ya va, mamá te va a dar la teta, golosa.

-Coco.

-¿Quieres ir al baño antes? Hija, ¿quieres comer o ir al baño? ¡Ya sé! Lo que la señorita quiere es ver los nuevos cerámicos, ¿verdad? Quedaron lindos, mamá tiene muy buen gusto.

-Mamá.

-¿Eh? ¿Qué? ¿Cómo? ¿Qué dijiste? Ah, María de Lourdes, así matas a mamá del corazón. ¡Armando! ¡Ven aquí! ¡Nuestra hija dice "mamá"! ¡Repite, hija! Solo una vez más.

-Papá.

2 años

¡No!

Por más que pase el 99% de mi día intentando que María de Lourdes diga "mamá", todavía no lo aprendió. Además de un "papá" que está cerca de ser insoportable y deja a Armando todo baboso, el único sonido que ella emite y forma una palabra inteligible es "no". Por ese motivo los, digamos, diálogos, han sido algo tensos.

—¿Tú amas a mamá?

—No.

—¿Y a papá?

—No.

(Menos mal. Si no me amas, no puedes amar a papá. ¡Ay de ti si dijeras "sí"!)

—¿Le das un beso grande a mamá?

—No.

—¿Y un abrazo?

—No.

—¿Te gusta que mamá te rasque la cabeza?

—No.

—¿Te gusta el fútbol?

—No.

—¿Cómo no? No digas eso cerca de papá, se va a ofender mucho.

Él ama a nuestro equipo, tantas veces campeón; es nuestro club del corazón, son nuestros colores. ¡No importa la categoría!

–¡Noooo!

–Está bien, está bien. Eeh... ¿tú sabes lo que quiere decir "no"?

–¡No!

Debo confesar que el pediatra ya me había dicho que ella todavía no entiende lo que dice, pero no me costaba nada comprobarlo.

3 años

Pelear de hermanos

Con el nacimiento de Mario Marcio el año pasado, tuve que reorganizar el trabajo. El dinero que yo ganaba pasó a ser poco para alimentar a dos niños y dos adultos. Decidí ir tras clientes más importantes ofreciéndoles el servicio de asesoría de prensa, un trabajo que puedo hacer desde mi hogar, sin mayores daños a mi vida de madre y ama de casa.

Pero Mario Marcio no deja trabajar a nadie. Todo lo que María de Lourdes tuvo de quietita, Mario Marcio lo tiene de llorón, mañoso, sucio, inquieto. Se convirtió en mi "noviecito", pero a veces cansa. El chico exige demasiado de mí. Y no se lleva muy bien con la hermana.

—Mamá, Maio Maxio me quitó mi pelota.

El reclamo comienza a horario: siempre ocurre cuando estoy en medio de un pensamiento, en medio de una frase. Para no perder la concentración en el trabajo, suelo responder:

—Él es pequeño, olvídate de eso y ve a jugar a otra cosa.

Pero ¿quién dice que tengo paz? Cinco minutos más tarde...

—Él me quitó mi muñeca.

—Tienes varias, es solo cuestión de jugar con otra y no preocuparse; ya eres una señorita, tienes que dar el ejemplo.

—Él me quitó mi oso.

–Entonces quítale su avioncito.

–El rompió mi muñeca favorita.

–Rompe el juguete favorito de él.

–El me quitó mi helado. Y mi sombrero y mi espada. Y mi libro y mi cubeta de playa, y mi mochila y mi anillo. Y mi pelota de vóley.

–¿Qué quieres que haga, María de Lourdes, qué? ¡No sé qué hacer! Estoy aquí intentando trabajar y tú vienes cada cinco segundos a reclamar alguna cosa. ¿Quieres saber? ¡Ve allá y quítale todo a tu hermano! ¡Lucha por tus objetivos, peléate por tus pertenencias! El mundo ya está lleno de mosquitas muertas, ¡no precisa una más! ¿Dónde está tu iniciativa? ¿O es que necesitas a tu mamá para todo? No puedes convertirte en una debilucha. ¿Qué pasará cuando yo ya no esté aquí para ayudarte?

¡Caramba! Por la curvatura de las cejas y por el cambio en cámara lenta de la expresión de su cara, yo sabía lo que estaba por venir. ¡Qué fastidio! Exageré la dosis. De nuevo. ¡Qué cosa más difícil es educar!

–¡Buááá! ¡Buááá! ¡Buááá!

–Ay, hija, ¡ven acá! Qué madre estúpida tienes. Discúlpame, ven aquí, discúlpame... Arrorró mi niña, arrorró mi sol, arrorró pequeña de mi corazón...

–¡No quiero dormir!

–¿Qué quieres entonces, María de Lourdes? Mamá necesita trabajar para comprar más juguetes, para que tu hermano no tenga que quitarte los tuyos.

–Está bien. Adiós, má. Voy a jugar con Maio Maxio.

Primer día de clases

Hoy llevé a María de Lourdes a su primer día de clases. Con el corazón apretado, caminé hasta la escuela de la mano con ella: había llegado

la hora de que mi pequeñita soltara mi falda para socializar con otros niños, pero... ¡es tan pequeña! ¿Le caerán bien los otros alumnos? ¿Sabrá conversar, interactuar con ellos? ¿Cómo se comportará delante de las caras nuevas? ¿Cómo reaccionará a la ausencia del papá y de la mamá?

Cuando comenzamos a subir los escalones de la escuela, sonrió con gusto y sus ojos centelleaban con tantas novedades. En el kinder me presenté con la maestra Angélica, que sería la responsable del curso de María de Lourdes.

Mientras conversaba con la profesora noté que mi hija es la desinhibición en persona. Yo allí, llena de preocupación y de lágrimas en los ojos, muerta de pena de entregársela a una desconocida durante las siguientes cuatro horas, y ella ya completamente compenetrada con sus compañeritos, riendo, jugando y hablando como si los conociera desde hacía tiempo y no hace segundos. Me sentí orgullosa: finalmente era un día importante y estaba saliendo muy bien.

Me despedí con un beso rápido. Pensé que sería una despedida cinematográfica, ya que era la primera vez que pasaríamos tiempo separadas. Pero fue bien modesta. Después de darle varios besos más, intenté prolongar el abrazo todo lo que pude, pero...

—¡Ya está bien, má! ¡Basta de besos! La maestra está llamando, adiós...

Con una mezcla de emoción y sorpresa, descubrí que tengo una hija muy sociable. Después de despedirme, no resistí y me quedé escondida detrás de unos árboles, espionando su adaptación, su comportamiento, viendo si lloraría extrañando su casa... Muchos niños comenzaron a chillar, pero no María de Lourdes. Parecía una mujercita muy educada, quietita, independiente, y hasta consoló a algunos compañeros llorones. Desenvuelta, natural, carismática... En poco tiempo el curso entero estaba a su alrededor. Y yo, desde mi escondite, miraba todo

en silencio, babeándome, llena de orgullo, hipnotizada por aquella pequeña simpática y encantadora, mi hija.

Ella no estaba llorando, pero yo...

¿Por qué?

—Mamá, ¿por qué papá tiene que salir ahora?

—Porque necesita trabajar.

—¿Por qué?

—Para ganar dinero.

—¿Por qué?

—Para poder comprar leche.

—¿Por qué?

—Porque a María de Lourdes le encanta.

—Entiendo. Dile que puede ir.

Por la noche, Armando llegó a casa y, apenas abrió la puerta, escuchó de la pequeña:

—Hola pá, ¿dónde está mi leche?

—¿Leche? ¿Qué leche, muñeca?

—¿Trabajaste?

—Trabajé.

—¿Ganaste dinero?

—Gané.

—Entonces... ¿dónde está mi leche?